

ct

Kiruna

de
Ruth Vilar

(fragmento)

Al principio, las interpretaciones serán naturalistas. Poco a poco irán acentuando el desgaste físico y emocional de los personajes; esto es, revelarán el progresivo agotamiento de sus fuerzas.

La ANALISTA, en cambio, permanecerá estable, inmutable, casi no-humana.

Aquí. A los asistentes.

ANALISTA

Buenas tardes. Paso ahora a exponerles algunos aspectos que les interesará considerar a fin de formarse una visión de conjunto. El primero: el éxodo rural. Aunque viene de antiguo, esta tendencia de abandonar el campo y establecerse en la ciudad se multiplicó a partir de la revolución industrial. Ya Tolstoi alertó sobre las consecuencias de esas migraciones para el propio campesino, luego obrero, y para el conjunto de la sociedad. Tolstoi era un buenazo, defendía la humanidad, la libertad, la justicia, la naturaleza... No se dejen conmovir por esos ideales: tras su barba rusa, se escondía un auténtico anarquista. Quizá les parezca que este apunte no viene a cuento, pero es de vital importancia que la sensiblería no altere el rigor de nuestro análisis. Partamos, pues, del éxodo rural como hecho consumado. Sus causas fundamentales: 1. la aspereza del medio –aislamiento, escasez de servicios– y 2. el desempleo galopante –a las explotaciones agrícolas mecanizadas les sobran brazos y su rendimiento económico cae en picado en un mercado que no contempla los costes de producción, sino que se rige por la ley de oferta y demanda–. Sus consecuencias evidentes: envejecimiento de la población –que conlleva una fragilidad individual creciente en un entorno de apoyo social menguante– y enquistamiento de la misma situación de ausencia de oportunidades laborales que alimenta el ciclo del éxodo. Como ven, las condiciones de necesidad en el mundo rural son acuciantes y sus habitantes harán bien en acoger con los brazos abiertos una iniciativa estratégica como la nuestra.

En otro lugar. Patio austero bajo un emparrado. AMAPOLA dispone tres vasos y una botella en una mesa larga de madera tosca y se sienta en una banca a esperar. Oye con preocupación que el campanario ya toca el primer cuarto. Se sirve un trago corto y lo apura de golpe. JACINTO se le acerca por detrás. AMAPOLA no lo oye llegar.

JACINTO

¿Para qué estoy aquí, Amapola?

AMAPOLA

(Se atraganta. Se sobrepone enseguida.) ¿Entras a escondidas como un ladronzuelo?

JACINTO

Entro como quiero. Para mí, ésta es aún la casa de los padres. Tú me has hecho venir: dime a qué fin.

AMAPOLA

Cuando llegue Narciso. Hablaré de una vez y para ambos. Los viejos no estamos en condiciones de malgastar saliva.

JACINTO

Ni de derrochar las horas. Si tarda me vuelvo por donde he venido.

AMAPOLA

Tú a tu aire, ¿eh, Jacinto? A punto de cumplir ochenta años y tan asilvestrado como de niño...

JACINTO

Tú de mí no te acuerdas.

AMAPOLA

¡Vaya que sí! Te veía escabullirte por las noches. Te colabas a la mina a buscar piedrecitas brillantes. Te sorbían el seso. Ya ves, no eran más que trozos de cobre en bruto, pero tú te sentías rico atesorándolos. Y yo siempre te guardé el secreto.

JACINTO

¿No has mandado a la muchacha a llamarme con prisas, Amapola?

AMAPOLA

Cuando esté aquí Narciso, he dicho.

JACINTO

¿Ya sabes si vendrá? Le has dado motivos para no querer verte.

AMAPOLA

Menos que a ti, y mírate. Has aceptado mi invitación.

JACINTO

Creía que era una orden.

AMAPOLA

Ya empezamos.

JACINTO

No empezamos: volvemos a lo mismo. Es lo malo de vivir tanto: la repetición. Sabes igual que yo lo que pasará ahora. Tú querrás imponerte; yo me enfrentaré a ti; Narciso el Indeciso entrará al trapo, un rato a mi favor y un rato al tuyo; discutiremos y nos haremos daño, siempre más del que reconocemos; nos cansaremos mucho; en la refriega emergerán razones que ignorábamos los unos de los otros, y al final, una de esas razones, la más pequeña, decantará la balanza. Tú acabarás llevándote el gato al agua. Y yo cederé y me arrepentiré ya mientras lo haga. Narciso en cambio se quedará tan pancho, porque no habrá entendido nada.

AMAPOLA

Tú lo verás así.

JACINTO

Claro, y tú no.

AMAPOLA

Jacinto, cada quien tiene sus cosas. Y su sitio. Podemos ignorarnos mutuamente lo que nos quede de vida. Aun así seguiremos siendo hermanos.

JACINTO

Buenos hermanos.

AMAPOLA

De la clase que sea.

JACINTO

Tú la mayor.

AMAPOLA

Te guste o te disguste.

JACINTO

¿Qué estás montando aquí? ¿Una reconciliación oficial?

AMAPOLA

Ni se me ocurre. ¿Tan poco nos conoces?

JACINTO

Vete a saber, con la edad igual te habías reblandecido. A veces las viejas perdéis el oremus.

AMAPOLA

Os he llamado por los almendrales.

JACINTO

Amapola...

AMAPOLA

¿Qué?

JACINTO

Que sobre la hacienda ya te dije mi última palabra. Los padres te legaron a ti la casa entera. Bien está, por algo sería. Los almendrales no. No dispongas de ellos a tu antojo. Fin de la discusión.